

LUIS MEANA

# Los premios

Sea cual sea el origen de los premios —que, para el caso, bicicleta—, algo habrá tenido que ver en principio con dos cosas: el hambre y la neurosis del artista. En la base del arte está siempre la neurótica inseguridad del creador artístico, la impotencia frente al misterio inmenso de la existencia humana, más la escasa potencialidad económica de esos bienes intelectuales, que no le interesan mayormente a nadie. Para aliviar algo esas cosas, la modernidad creó un día un nuevo fiabrás: los premios.

Todo transcurría por los más modestos andurriales hasta que, de pronto en las charcas del mercado empezaron a flotar, junto a esos enfermos de la imaginación o imaginarios, los verdaderos drogodependientes, a saber, el hombre o la institución pública, entes verdaderamente neuróticos que viven mucho más devorados que el artista por el mecanismo insaciable de hacerse cada vez más conocidos y reconocidos. Desde que los políticos y la política, y en general los hombres públicos, se convirtieron en superdependientes de

la imagen, se disparó el consumo de los premios: el hombre o la institución pública no tienen forma más directa de calmar esa ansia que la medicina del premio. Lo mismo que el afán de enriquecimiento material no tiene límite, tampoco lo tiene ese afán de acumular presencia en el mercado de la imagen: cuanto más se tiene, más se quiere. Por eso hay cada vez más instituciones que necesitan meterse unas rayas de ese reconstituyente. Se consumió así la reversión que constituye hoy la esencia de esa joya de la corona: el que premia se premia en el premiado. Nadie conocería a Suecia si no fuera por el Nobel.

Los premios son la percha en la que cada cual cuelga su sayo: si una región, una nación, una institución, unas personas quieren darse a conocer, convocan inmediatamente un gran premio de algo y, a ser, posible, escogen a un premiado que sea más conocido que ellos. En los premios, tanto la cultura como los premiados tienen reservado el papel de figurantes, que han sido escogidos para que ese

mundo de intereses pueda llevar a cabo sus representaciones. Más que un mecanismo de valoración de una obra, los premios se han convertido en una especie de *strep-tease* por lo fino: lo mismo que una chica en sujetador es un gancho que no falla a la hora de lanzar un producto, el gran premiado es una chica sugerente que nunca falla a la hora de lanzar una colección, una región, un proyecto, una institución, una cosa. Dado que la cultura está tan llena de latinajos y resulta tan opaca para los mortales normales, el nombre/hombre sabio viene a ser como la chica sugerente que insinúa un tentador cuerpo de conocimientos, mundo exóticos, placeres ocultos, gustos selectos. Los premios son una especie de jornadas de gastronomía intelectual: se saborea una pizza de cultura, se departe con otros "gourmets" de la cosa, y para casa. A quien está sentado en el patio de butacas u ocupa plaza en la platea, el acto le pone en el pecho también una medalla: se le reconoce su carácter de "gourmet" de cultura igual que a otros se les reconoce su capacidad para saborear vinos. Este tipo de actos culturales tie-

ne la ventaja, frente a otros actos que cumplen funciones sociales semejantes, de que no han perdido un ápice de su sentido distinguido: ir a una fiesta de Somontes, entrar o salir en el *Hola* es ya casi una horterada. Pero asistir a unos premios, con presencias más o menos reales, es señal de pedigrée. De calidad y gusto.

Terminado esa especie de fuego de campamento, estos Boy Scouts de la cultura, que han respirado un día el oxígeno puro y fresco de los bosques del conocimiento, vuelven tranquilamente a sus ocios y a sus negocios. Hasta el próximo fuego de campamento. Acabado el acto, el arte y el artista siguen aproximadamente donde estaban: en la neurosis de alguien que no sabe qué está haciendo y que corre siempre el riesgo de acabar, como Mozart, en una huesera común entre los extraviados de la historia. Pero el mundo tiene sus leyes y sus representaciones, una de las cuales consiste en que unos carden la lana y otros se lleven finamente la fama.

El "descubrimiento" de que el director general de la Guardia Civil, Luis Roldán, hijo único de una familia de clase media-baja, tiene un patrimonio de unos 400 millones de pesetas si se confirman plenamente las informaciones periodísticas al respecto cuando lleva trabajando trece años en la Administración y su sueldo de este último año no alcanzó los ocho millones de pesetas, era lo último que necesitaba la más que desalentada sociedad civil española. La cuestión no radica solamente en que Luis Roldán entienda que puede demostrar que su patrimonio se consiguió de forma legal, entre otras cosas a través de una sociedad inmobiliaria propia cuando ya era director del Instituto.

Serán los jueces, si el interesado acude a esa instancia a la que tiene derecho para defenderse de las imputaciones de "Diario 16", los que dictaminen si el sorprendente incremento patrimonial —por cuanto es 50 veces superior a su mejor sueldo de 8 millones de pesetas— es legal desde el punto de vista de la Justicia. Tiene la presunción constitucional de la inocencia y, acaso, ése sea el pero que se le pueda criticar a la reprobación social que parece que ha merecido su caso. Su línea de defensa (la de Roldán) de que no es todo patrimonio porque tiene casi 70 millones de pesetas en hipotecas es muy enclenque. A un tipo medio de préstamo, esa cantidad supone por encima de 1,2 millones de pesetas de devolución mensual y ello dobla ampliamente el sueldo oficial del director general.

Podrá ser legal, y probablemente las circunstancias que ha explicado el interesado sean las correctas, ¿por qué dudarlo?, pero desde luego las dudas sobre la legitimidad de quien así actúa son enormes. ¿Podría Roldán tener una explicación a la pregunta de cómo ha podido compaginar la administración de sus bienes, con empresas de su propiedad, compra-ventas, inversiones y desinversiones, etcé-

tera, con su tarea oficial de los últimos trece años y, más en concreto, en los últimos siete en que ha ocupado tan delicado puesto?.

En cualquier caso, ¿qué puede pasar por la cabeza de un guardia civil que gana honradamente poco más de 100.000 pesetas mensuales? La Guardia Civil, denostada a veces de forma injusta, con sus 65.000 hombres y, desde no hace mucho, mujeres, ha demostrado históricamente desde que el duque de Ahumada fundase el Cuerpo en 1844, que ha sabido servir con la misma eficacia y lealtad tanto a la Monarquía, a las Regencias, a las Repúblicas, al franquismo de casi cuatro décadas y a la democracia constitucional que felizmente disfrutamos. Es decir, al orden legal vigente en cada momento histórico de sus 150 años de existencia.

Como cada institución, y más de ese tamaño, ha tenido, tiene y ten-

LA SEMANA POLITICA

## El saqueo del Estado

ISMAEL FUENTE



drá, sus ovejitas negras, sus corruptos y sus corruptelas, porque no se trata del uniforme verde, oliva, sino de la condición humana. Pero también tiene sus mecanismos para castigar a los que faltan o delinquen. Pero la Guardia Civil como tal institución, y con su primer jefe supremo civil desde su fundación —siempre ocupó el cargo un general del Cuerpo— no se merece pasar el mal trago de la sombra de un comportamiento, por las primeras apariencias, que dista bastante de la "ética de base", por decirlo de una forma suave. La Guardia Civil tiene un lema fundacional, que se mantiene siglo

y medio después: el honor es su principal divisa. Flaco servicio, pues, el de Roldán. Lo normal en democracia ante casos similares es la renuncia voluntaria del interesado para poderse defender como un ciudadano más ante los tribunales. Pero como esa renuncia no se produce, si el Gobierno no practicara de forma ya escandalosa el "absentismo laboral", tendría que haberle destituido preventivamente porque el asunto es delicado y afecta nada menos que a la fuerza de seguridad que más contribuye a la vertebración del país.

Pero los socialistas parecen dedicarse más a vigilar sus cuentas corrientes que a su trabajo. El semanario "Tiempo" nos ha recordado que cualquier cargo público de importancia, que una a su condición como tal la de diputado, cobra mensualmente una cifra superior al millón de pesetas, que se dispara si

une a las dos condiciones anteriores la de tener un contrato blindado como ex-ministro o similar, bastantes de los cuales ocupan cargos en empresas públicas. Y son varios centenares de contratos blindados los que existen en la administración: un 80% del sueldo durante los dos años siguientes al cese correspondiente. Unos simples ejemplos: Carlos Solchaga, cuya herencia como ministro de Economía durante ocho años estamos "disfrutando", cobra 1.437.835 pesetas mensuales; Alfonso Guerra, el permanente mentor de la utopía socialista, 1.241.856, el "angelito"; Matilde Fernández, 1.238.316; los ex-ministros Julián García Valverde y Claudio Aranzadi, más de 1.650.000 pesetas al mes. Y así, sucesivamente. Es como una cesta de cerezas. El sueldo de presidente del Gobierno, unido al de diputado, rozará el millón de pesetas. De aquí, a la eternidad. Las cosas se explican un poco mejor desde esta perspectiva.

Mientras tanto se criminaliza el paro, las pensiones. Se persigue a la viuda que tiene dos "pensioncitas" y se le quita el 70% de la menor aunque entre ambas no sumen 60.000 pesetas. No importa que, como hizo pública la última encuesta de población activa (EPA) el viernes, en España haya ya 3.600.000 de parados, 755.000 más que hace un año; que haya un millón de familias españolas con todos sus miembros en el paro; que se haya gastado en los nueve primeros meses 2,7 billones de pesetas más de lo que se ha ingresado... y así sucesivamente. Duele decirlo, pero aquí se está produciendo un cierto saqueo de las arcas del Estado por parte de quienes tienen sus llaves. En el día después (el viernes) de las manifestaciones en toda España, no hubo el mínimo acercamiento entre Gobierno y sindicatos. Se va derecho a la huelga lamentablemente y la cuestión no es quién certifica la defunción del pacto social, sino que seremos todos los que paguemos por su fracaso.

A TIRA LIMPIA

JUAN MANUEL BARCELO

